

Dibujos en una manta

Valeria Rodríguez Macías

Recordaba a su madre tomando la aguja y guiándola con amor sobre el lienzo de manta, mientras le cantaba a un amor que nunca regresó. Se escabullía entre las sillas de madera de ceiba hasta tocar su hombro y lanzarle unos ojitos suplicantes. Con un suspiro amoroso, la sentaba en su regazo, acomodando la aguja e hilo en sus diminutos dedos, y guiaba sus manos en un baile de puntadas. Ahora estaba en la misma silla, en la misma casa, pero sin el abrazo de su madre. Se pinchó el dedo y, con un arrebato caótico, deshizo el patrón. Se preguntaba si alguna vez sería digna de su legado. Lanzó la tela y tiró su cabello hasta casi arrancarlo. Sentía cada puntada monótona, al igual que los colores lúgubres en donde los bordaba, pero no sabía con qué otra cosa ganarse la vida. Se negaba a abrir las ventanas para no exponer su pesar. Se convenció de que su única compañera sería la soledad, hasta reunirse con su madre en el descanso eterno.

Caminó hasta llegar a un buró, donde descansaba una cruz, unas cuantas velas y el chal favorito de su madre. Algo en ella le decía que hasta el Santísimo la contemplaba harto de sus ruegos por un milagro: pisar la tierra española que cobraba vida en los relatos de su padre, o sentir por fin el calor de su madre. Se levantó, sintiendo el peso de su cuerpo y se

persignó. Pero, esta vez, al llevar su pulgar a sus labios, un cosquilleo recorrió su cuerpo.

Los chillidos de los loros y el canto de los jilgueros marcaban el inicio de la mañana, y pronto resonó el acostumbrado golpeteo en la puerta de madera. Como siempre, era el joven mandadero, enviado por su tía —la única compradora de la mujer—, quien hacía milagros para intercambiar las prendas por algunos bienes. El muchachito llevaba una canasta con el pago, y ella, desganada, le entregaba el costal que poseía lo poco que había terminado. Observó al muchachito alejarse hasta que se perdió entre la gente, cuyos ojos parecían reflejar la misma monotonía que sus propios días.

Suspiró, recordando cuando de niña solía decir que la gente en la Nueva España, incluso después de tantos años de conquista, no podía aprender a tejer la finura de aquellos encajes que lucían en Sevilla. Lamentaba haber nacido entre mestizos de manos toscas. De repente sintió como un tirón derribó su canasta. Su mirada bajó extrañada, hasta que vio la carne entre los dientes de un perro gris que huía a toda velocidad. Un grito de impotencia brotó de su pecho. Ambos zigzaguearon entre carretas cargadas de maíz camino al puerto y los pies de los mercaderes. Corrió hasta sentir el sudor nublar su vista, pero el perro siempre llevaba ventaja. Algunas miradas se posaron en ella: unas burlonas, otras con fastidio.

El perro giró de golpe hacia la selva que rodeaba el pueblo. Ella vaciló un instante, pero siguió. A cada paso, el mundo parecía difuminarse en un juego de luces y sombras. Finalmente, el perro aminoró el paso, y ella también titubeó en su carrera. Se dobló sobre sus rodillas, jadeante. Mas, antes de que pudiera recuperar el aliento, algo heló su respiración. Ante ella, una pequeña silueta emergió entre los árboles. Su piel morena contrastaba con la luz que filtraban las ramas; sus moños castaños apenas contenían su cabello sobre su cabeza; sus pies desnudos tocaban el suelo terroso, y solo una manta sucia y ajada cubría su cuerpo esquelético.

Pero con el detalle de que esas manchas formaban algún tipo de símbolo.

Con recelo, dio algunos pasos y se agachó hasta llegar a su altura. Le preguntó si se había perdido. La niña solo contestó en palabras incomprensibles a su oído. Volteó hacia ambos lados con la esperanza de que algún adulto apareciera y la reclamara, pero no pasó. Miró de vuelta a la niña. Sus manos huesudas gritaban su falta de alimento, y su aspecto delataba la falta de un cuidador. Desvió la mirada en busca de un consejo interno. Entonces, la pequeña tomó tímidamente la carne del can, que cedió sin objeción para después alejarse. La niña se acercó a la mujer, de pronto, hizo un sonido peculiar:

—¡Dzzzzz!

Alzó la mano lentamente, agitando los dedos en el aire. Luego sopló la comida y fingió morderla. La mujer sonrió ante sus intentos de comunicarse, pero logró descifrar el mensaje. La llevó hasta su casa. Le sirvió agua y unas cuantas tortillas para aliviar su hambre. Una vez lista la carne, la niña devoró el alimento con avidez. Tras comer, apoyó la cabeza en la mesa, parpadeando con pesadez. La tomó en sus brazos, ya exhaustos, y la acostó con delicadeza sobre su cama. Se quedó vigilando su sueño. Acarició su cabeza con un toque ligero, pensando en que no podía dejarla a su suerte.

Y así fue como su rutina se volvió más ajetreada. Durante la mañana, le servía un puñado de tamales de masa gruesa envueltos entre hojas de plátano, como enseñaban las mujeres del mercado. En más de una ocasión, la pequeña se rebelaba contra ella por la extraña ropa que la obligaba a vestir, o las veces que la hacía ver a un hombre crucificado.

Una de sus partes favoritas del día era cuando el sol coronaba el cielo. Ella llevaba a la niña al claro del bosque donde la había encontrado, y, en tanto la pequeña atrapaba insectos, recolectaba flores o reía al correr, ella miraba de lado a lado, esperando la llegada de cualquier persona, pero el encuentro nunca llegó. Por otro lado, la niña se acostumbró a su peculiar rutina: se levantaba expectante por la

merienda, aunque le intrigaba saber por qué la mujer apenas probaba un bocado, y cuando oía el crujir de la puerta de la entrada, corría con emoción para que la llevara a jugar entre un paraíso verde.

Pero no se comparaba con las ansias que aguantaba, esperando por el anochecer. La mujer sacaba su hilo y aguja, haciendo danzar sus dedos sobre la manta. Jamás había visto a nadie mover un objeto tan diminuto con tanta destreza. Se imaginaba a sí misma en su lugar, como una adulta dibujando sobre la tela. Sin embargo, no importaba si las manos de la mujer acababan de crear lo más hermoso que sus ojos infantiles habían visto, la mujer siempre lo lanzaba de golpe, con los ojos vidriosos y los dedos entumecidos, abandonado los retazos tirados en el suelo.

Fue una mañana cualquiera, cuando despertó por un olor empalagoso. Ahogó un grito al observar frutas deshechas en el suelo y los retazos empapados de su pulpa. La pequeña dormía plena ajena al desorden. Los regaños fueron más duros que cualquier golpe, pero la niña, entre lágrimas y palabras en su idioma natal, la desafió sin titubear. La mujer rogó por fuerzas y levantó una pieza de tela. La sensación viscosa la hizo estremecer. Sus párpados se abrieron temblorosos, pero algo más llamó su atención. Descubrió un patrón: eran flores. La mujer siguió examinándolo detenidamente. A pesar de que la pequeña carecía de técnica, podía sentir la emoción y frustración con la que había creado cada uno de sus manchones. Un sentimiento extrañamente familiar la invadió.

Esa misma noche, dejó un pedazo de tiza de un naranja vibrante sobre la mesa. Se recostó en la cama y simuló haber caído en un sueño profundo, hasta escuchar un arrastrar cauteloso. Abrió sus ojos con sigiló, y la vio. La pequeña empujaba una silla hacia la mesa, para después apoyarse y tomar la tiza. Luego, cogió un retazo de manta, y se sentó en el suelo para empezar su obra. Con la limitación de solo disponer un tono, se aseguró de que cada pétalo tuviera una figura única: algunas eran rombos; otros triángulos; otros

con una forma irregular. Se aseguró de adornar con diferentes patrones, hacía líneas de arriba hacia abajo, después hacia un lado para después bajar; luego un cuadro con líneas en el interior, y después repetía el proceso en cada tramo. Cada trazo era acompañado el tarareo de una melodía proveniente de su antiguo hogar. Y en ocasiones, sacaba la lengua y la mordía entre sus labios para mantener su concentración. La mujer la observaba cautivada. Entonces, cuando levantó el manto y sonrió con orgullo, sintió como algo pinchara su corazón. Alguna vez ella tuvo la misma sonrisa, y sin darse cuenta, la imitó.

Se dispuso a dejar con más frecuencia tizas y polvos de distintos colores sobre la mesa. La niña, encantada, los aplicaba en cada lienzo que decoraba. Se volvió una costumbre mañanera ver los retazos esparcidos, llenos de una creatividad cruda, y la pequeña entre ellos sumida en sueños con una sonrisa inocente. A veces, la encontraba pegando la orilla de una tela con otra, y luego rodearlas en su cuerpo y posar frente al espejo. Una mañana, mientras la mujer bordaba, la niña le colocó ante ella tela, hilo, aguja y uno de sus dibujos, y mimó el gesto de coser con movimientos fluidos. La mujer, pese a su conmoción, negó con la cabeza. Sabía que el Santísimo no mostraba compasión por quienes no cumplían con sus estándares. La pequeña, siempre se encontraba en una profunda desilusión cuando la mujer seguía obligándola a usar ropajes lóbregos y no los suyos, pero decidió que no sería así por mucho tiempo.

Una noche, la siesta de la mujer se vio interrumpida por unos llantos. Alarmada, se levantó y se dirigió al comedor. La pequeña sostenía una aguja en una mano y, en la otra, su dedo índice sangraba. La mujer disimuló una sonrisa compasiva. Empapó un paño con agua y limpió las escasas gotas de sangre alrededor de su dedo. Besó su dedo con ternura y acarició suavemente su piel morena mientras entonaba una vieja melodía. Cuando los sollozos cesaron, la sentó sobre su regazo y tomó sus manos. Con calma, comenzó a guiar sus movimientos por la tela, y sus ojitos se iluminaron como lu-

ciérnagas al ver cómo el hilo cobraba vida. Así comenzaron sus tardes juntas, y con el paso de los días, la mujer dejó de llevarla a las orillas del pueblo a jugar, pero a la niña no pareció importarle.

Un día, tomó un retazo como inspiración y comenzó a bordar motivos vegetales con hilos blancos, recordando aquellos encajes españoles que su madre atesoraba. Poco a poco, dio forma a cada flor que la niña recolectaba en sus recorridos por la selva, juntándolas con las mariposas y colibríes que tanto fascinaban a la niña. Decidió que la falda no sería redonda, sino se abriría como pétalos de una delicada orquídea. Tejió durante varias lunas llenas, que, en una madrugada, el vestido estaba terminado. Era hermoso, pero el blanco le parecía un toque demasiado pálido. Se le ocurrió imitar otras de las flores imperfectas, creando un chal con una tela clara, y un delantal con una tela oscura.

Como era de costumbre, el mandadero llegó a su puerta al día siguiente. Ella entregó sus prendas nuevamente, pero entre estas, estaba su nueva creación. Para su sorpresa, con el tiempo, algunas personas se acercaron a tocar su puerta con el deseo de vestirse con tan pulcra prenda.

Y los años siguieron, y nunca logró cruzar el mar. Y aunque aún soñaba con el reencuentro con su madre en el reino de los cielos, ya no tenía prisa, pues ahora guiaba otras manitas, siguiendo los dibujos de una manta.